



Diana López Varela

Maternofobia

Retrato de una generación enfrentada a la maternidad

Diana López Varela
Maternofobia

Retrato de una generación enfrentada a la maternidad

Prólogo de Ana Pardo de Vera

ediciones península

© Diana López Varela, 2019

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley.

Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Primera edición: mayo de 2019

© del prólogo: Ana Pardo de Vera Posada, 2019

© de la ilustración de la página 231: Lino Álvarez

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019

Edicions Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespensula@planeta.es
www.edicionespensula.com

PAPYRO - fotocomposición
DEPÓSITO LEGAL: B. 6.996-2019
isbn: 978-84-9942-814-7

ÍNDICE

Prólogo: «Incompletas», por Ana Pardo de Vera	13
Introducción: El estado de la cuestión	17
1. El secuestro de un cuerpo	23
2. ¡Asesinas! Mujeres contra el mandato biológico	49
3. Y tú, ¿para cuándo?	79
4. ¿Necesitamos más niños?	85
5. De aquellos polvos...	91
6. Una cuestión de amor	101
7. Conciliar y cooperar, todo es empezar	123
8. El síndrome del perpetuo aplazamiento	137
9. Ellos	153
10. La zona infértil	167
11. NoMo: mujeres sin hijos por elección	183
12. Madres contra no madres, un enfrentamiento instrumental	197
13. De qué tienes miedo (a reír y a llorar luego)	209
Epílogo: Maternofilia	223

EL SECUESTRO DE UN CUERPO

Había inaugurado enero con un tuit prometedor: «Este año empieza muy bien, que nadie me lo joda». En los tiempos de anunciar la felicidad a través de las redes sociales, yo me sentía pletórica. Mi trabajo como guionista en una serie de éxito me satisfacía profesionalmente —incluso había conseguido un pequeño ascenso en mi departamento—, y después de un par de años desde mi regreso a Santiago de Compostela, la ciudad en la que estudié Periodismo, mi vida social por fin era digna de una treintañera liberada que ya no tenía que regresar cada fin de semana a su pueblo si quería disfrutar de la compañía de los amigos de toda la vida, que en mi caso eran, y seguirán siendo siempre, la pandilla formada al calor del instituto A Xunqueira II de Pontevedra. Mientras tanto, había dejado casi de escribir artículos, un poco cansada de las peleas constantes de Twitter y de las apropiaciones ilegítimas del feminismo que por la izquierda y la derecha enarbolaaban la prostitución y los vientres de alquiler como lugares de esparcimiento y de poder femenino, y había entrado, sin saberlo, en el selecto club de esas mujeres privilegiadas que no necesitan reivindicar nada porque todo lo consiguen gracias a su valía profesional. El espíritu de la meritocracia había cala-

do en mí con la misma facilidad con la que el fascismo entraba cada día en los Gobiernos de medio Occidente. Me pilló felizmente anestesiada y con la claridad de que me merecía un descanso. Pensaba yo que ya había hecho bastante en los últimos años y que era el momento de que se mojasen otras. La paguita de feminista no cubría las angustias que me provocaban la tunda de comentarios negativos que recibía cada vez que publicaba un artículo. El único inconveniente que tenía en aquel enero de inesperada felicidad era que llevaba varios días sin ir al baño. El colapso de mi intestino era el peaje del primer año de la última serie quinquenal sin melancolías traicioneras amargándome los Reyes.

Todo había empezado a torcerse durante una cena navideña. Mi compañera Susana intentaba hacerme beber alcohol, pero a mí no me apetecía, algo que, con mi currículo, no debería ser buena señal. La comida tampoco me estaba sentando bien y me pasé toda la velada haciendo chistecitos escatológicos. Después de los emotivos discursos de varios asistentes bajo los etílicos efectos del vino albariño y de abandonar varias copas sobre la barra sin que nadie lo notase, nos fuimos a disfrutar del ambiente nocturno, mientras yo me notaba extrañamente fatigada, como si mi cuerpo fuese un embalaje molesto, pesado, y me hubiese convertido en una mutante atrapada en el disfraz de otra especie. El síndrome premenstrual me estaba matando. Unas horas después, estaba sentada en el asiento del primer tren de la mañana comiéndome un sándwich destino a Santiago, donde él me recogió para llevarme a casa después de observar: «No vienes muy borracha». No lo iba, no.

Cómo llegué a un aborto inducido parece difícil de explicar si no fuese por el sencillo y siempre cuestionado motivo de que aquel era un embarazo no deseado. Simplemente ocurrió. Los acontecimientos que te cambian la vida siempre suceden

así, rápidamente y sin pedir permiso, como el día que un niño impertinente te pone en la mano el décimo de lotería que ha arrancado ya del talonario, y la papeleta resulta premiada con doscientos mil euros. Yo acababa de comprar mi décimo y ni siquiera me había enterado de la transacción.

Después del escape, lo primero que hice fue echar mano de mi teléfono móvil para chequear el calendario de días fértiles. La flor violeta relucía en el margen inferior izquierdo del cuadradito de aquel día al lado del escalofriante mensaje «predicción del día de la ovulación». Al día siguiente, es decir, esa misma madrugada, el mensaje era ya el siguiente: «Posibilidades de embarazo: altas». Si mi óvulo se liberaba con la exactitud que indicaba la aplicación, tendría que estar ya fuera del ovario a la espera de un espermatozoide campeón con el que fecundarse, que, a su vez, debería haber pasado toda una penosa travesía a través de la vagina y del útero hasta llegar a las trompas de Falopio, donde, con gran esfuerzo, tendría que haber nadado contracorriente y cuesta arriba observando cómo millones de compañeros caían en la gesta. En el hipotético caso de que ese espermatozoide consiguiese encontrar y fecundar al óvulo todavía vivo, aún les quedaría el viaje de vuelta al útero. Demasiada suerte para un solo polvo. Una quimera de la fecundación. La lotería.

En aquel momento, yo no quería ser madre de ninguna manera. Llevaba poco tiempo con mi pareja. Un completo desconocido en el momento en el que me enamoré de él, cuando asistió como público a una función de mi obra de teatro en un *pub* de Santiago de Compostela. Aquella noche, acompañada de otro novio breve que ya forma parte de mi vasto cementerio sentimental y al que dejé de escuchar y de ver en cuanto mi «futuro» se acercó a nosotros, decidí que me casaría con él porque la vida hay que vivirla con intensidad y sin prejuicios. Me quedé a vivir en su casa en la primera cita. Y aunque nos moríamos el

uno por la otra, y la otra por el uno, los problemas propios de la convivencia y del desconocimiento mutuo no tardaron en llegar. Mientras nos poníamos de acuerdo decidí que debía echar el freno de mano a tanto frenesí romántico sin control. Si algo tenía claro es que los hijos, de tenerlos, debían esperar. Y por supuesto estaba mi trabajo. Mi trabajo como prioridad vital. Mi trabajo como orgullo de clase. Mi trabajo como identidad. Soy hija de la precariedad y de la crisis perpetua. Hija de los empleos temporales y a tiempo parcial, de los títulos en el salón de tu madre y de poner copas hasta los 35 años. Me había costado tanto llegar hasta donde estaba que necesitaba demostrarme que no se habían equivocado conmigo. Pese a que nunca me había visto en semejante empresa, no tardé en tomar la medida más contundente a mi alcance. Al día siguiente, me compré la píldora de emergencia en la farmacia (concretamente, la que en España se comercializa bajo el nombre de Norlevo). Cuando me la tomé, justo después de comer, no habían pasado ni dieciséis horas desde la relación sexual. La ventana de efectividad es de setenta y dos, aunque se va reduciendo paulatinamente a partir de las veinticuatro horas. Ya que estaba a mitad del ciclo, la regla tendría que venirme, como pronto, unos diez días después, aunque era posible que el chute hormonal retrasase su aparición. No conocía a ninguna mujer a la que no le hubiese funcionado la píldora del día después tomada en tiempo y forma. Yo era la mismísima encarnación del tiempo y la forma. Pero parece que por primera vez en la historia de la anticoncepción de emergencia conocida por mí, el cóctel químico de levonorgestrel no funcionó. La fecundación tuvo que haberse producido inmediatamente después del acto.

A veces recuerdo con sorna cuándo me hice mi primer test de embarazo. Creo que lo hago para señalar la necesidad de una educación sexual temprana en mujeres y en hombres. O para evocar la inocencia de una generación de chicas que lle-

gó tarde a Google y basó sus prácticas sexuales adolescentes en la contención y el desmadre étlico. Los chicos de mi círculo social no tenían mucha idea de lo que se cocía entre nuestras piernas. Claro que nosotras desconocíamos completamente lo que había entre las suyas. Y, lo que es peor, todo lo que sabíamos de nuestro placer lo aprendimos en revistas juveniles escritas por becarias vacilonas (o becarios) que hacían épica con la pérdida de la virginidad, describiéndola como un auténtico apuñalamiento vaginal con todo tipo de terribles consecuencias. Ningún anticonceptivo era más eficaz que la sangre derramada sobre aquellas páginas con letras de colores.

Una noche, cuando tenía dieciséis años y empezaba a salir a aquellas discotecas de sesión *light*, mi novio de entonces, digamos que se llamaba Dani, me llevó a la parte trasera del Centro de Tecnificación Deportiva de Pontevedra. Aquel sitio inhóspito, que por el día era lugar de reuniones deportivas y de noche servía como refugio a heroinómanos y proxenetas, le pareció a Dani el más adecuado para conquistar mi virginidad. Los adolescentes siempre tuvieron un gusto peculiar en cuanto a la búsqueda de lugares de magreo.

Dani y yo nos pasábamos horas dándonos morreos, de los que hacen que te duela la mandíbula y la lengua se te quede dormida, como después de chupar gominolas rebozadas en picapica. De esos besos que solo se dan cuando todavía no has follado. De los que calientan, pero no cocinan. Pero Dani parecía dispuesto a cocinar aquella noche de invierno y yo tenía el fuego apagado y demasiado frío. Mi culo estaba apoyado en las escaleras de hormigón y la baja temperatura, convertida ahora en dolor, me bajaba desde la rabadilla hasta los tobillos. Dani, nervioso, me tocaba con tan poco acierto que cuando sus manos heladas se metieron por debajo de mis bragas deseé con todas mis fuerzas pertenecer al grupo de las desgraciadas sin novio. De las que no tenían que pasar por todas esas calamida-

des para perder la virginidad, y lo harían ya mayores y con dignidad, en una cama caliente con sábanas limpias. Aquel toqueo de baja intensidad, que dejaba el *petting* de la *Súper Pop* por los suelos y que en ningún caso llegó a dedo, fue la excusa para tocarse él a sí mismo. Luego me volvió a tocar y la estúpida coreografía asexual terminó cuando cogió mi mano para meterla dentro de sus calzoncillos y, confundida de elementos —toqué testículos, pensando que era pene—, sentí un asco profundo hacia Dani y las gónadas masculinas. Le dije que mis padres me esperaban. La fría despedida auguraba el siniestro futuro de nuestra relación. Dani tuvo que acabarse la paja en casa.

Una nube negra se instaló encima de mi cabeza después de aquello. Los días siguientes, un pensamiento turbador me quitaba horas de vida y de juventud. ¿Y si me había quedado embarazada? Pensaba yo que los peligros del intercambio de fluidos podrían no respetar ni a las adolescentes más frías, así que le pedí a mi mejor amiga que me comprase uno de esos test de embarazo que vendían en las farmacias. Cómo la convencí para embarcarse en semejante empresa sigue siendo todo un misterio. La sombra de la amenaza materna era demasiado alargada como para jugármela yendo yo misma a una botica de la ciudad. Su madre, en cambio, nunca se ponía enferma, y mandaba a la farmacia a sus hijos, que eran muchos y tenían que repartirse las tareas. El resultado negativo no invalidó mi teoría de que te podías quedar preñada con un dedo si el propietario del mismo era lo suficientemente hábil para llegar al fondo del canal vaginal con una buena cantidad de células vivas en sus yemas. A la Virgen María la embarazó una paloma y la religión era asignatura obligatoria en mi colegio.

Seguí por mi vida sexual como seguimos las mujeres, sintiéndome la responsable en todas mis relaciones, la que evitaba embarazos y enfermedades de transmisión sexual (ETS) por dos, la que incluso tomando la píldora anticonceptiva o usan-

do otros métodos hormonales convencía a sus parejas sexuales para usar condón (las mujeres tenemos que persuadir de lo que es lo mejor para los dos con cariño y sin tensiones innecesarias). La que siendo cada vez más consciente de que a la mayoría de los hombres solo les interesa el método anticonceptivo cuando permite meterla en caliente, estaba dispuesta a soportar a los ofendidos del «yo soy muy limpio» y «tú eres la primera a la que se lo pido», y a los galanes del «me gustas más que nadie», «te amo», «cásate conmigo». Pocas veces me relajaba de este estrés y cuando lo hacía, los fabricantes de test de embarazo cotizaban en bolsa. He llegado a cambiar de farmacia solo por la vergüenza de no comprarme dos test en la misma semana. El aborto era para mí una opción disparatada. Una barbaridad a la que solo llegaban las mujeres sometidas y todas esas otras imprudentes, irresponsables y descerebradas a las que yo defendía en manifestaciones (como las de la Plataforma Galega polo Dereito ao Aborto), artículos (como «Mi coño», dedicado a Alberto Ruiz-Gallardón en 2013) y cartas abiertas al ministro del Interior, pero a las que, desde luego, no me parecía.

A veces me acordaba de mi amiga Ruth. Cuando teníamos dieciocho años, Ruth se quedó embarazada de un chico con el que se enrollaba cada sábado. Mi amiga tenía por costumbre acostarse con aquel chico sin preservativo al salir de la discoteca y, al día siguiente, se tomaba la píldora anticonceptiva como quien se toma un paracetamol para la resaca. Este método falló el domingo en que Ruth vomitó la borrachera de la noche anterior y con ella, la píldora. Cuando Ruth nos anunció que estaba embarazada y organizó una colecta entre las amigas para poder pagarse el aborto, a mí me entraron ganas de dedicarle un sermón sobre anticonceptivos y el peligro de entregarse a hombres como aquel que se aprovechaban de ella en lugar de buscarse uno de verdad, como mi novio, que me amaba por encima de todo y jamás me haría eso. Sobre la altura moral que

manejaba yo con dieciocho años y cómo la fui perdiendo por el camino podríamos hacer otro libro. Poco después de aquello, Ruth y yo dejamos de ser amigas. En realidad, siempre me había parecido una irresponsable y aquel hecho reafirmaba mi desprecio hacia las mujeres que solo pensaban con la entrepierna. La frase «yo no soy de esas» estaba tatuada en mi ADN.

Y seguía sin serlo muchos años después. Yo no era una niña inconsciente que follaba con un capullo sin condón para complacerlo. Yo era mayor, tenía pareja y llevaba las riendas de mi vida. Yo no me tomaba la píldora de emergencia a granel; de hecho, no recordaba la última vez que me la había tomado, probablemente en la universidad. Yo «no me merecía eso». Y, encima, tenía todos los síntomas del síndrome premenstrual: me dolían los pechos un montón, estaba hinchada y me encontraba encerrada en ese cuerpo extraño ansioso por menstruar. Además, estaba estreñida, pero para eso estaban los sobres de fibra que me había recetado mi médica. La misma que después de ir un par de veces a consulta no me preguntó sobre un posible embarazo. La que creyó, como yo, que no podría ser tan estúpida a mi edad. Pero los sobres no hacían efecto. Mi dieta era la misma. A la búsqueda de «causas estreñimiento mujeres», doctor Google me adelantó el misterio: el estreñimiento es frecuente en las embarazadas, especialmente durante las primeras semanas de gestación. Le dije a mi pareja que me comprase un test.

Para quedarme tranquila.

Me senté en el frío retrete color crema siglo xx y apunté con el chorro de orina directamente al algodón de la tira del test. La primera línea rosa apareció antes de que me diese tiempo a poner el capuchón y dejar el endeble aparato sobre la encimera del lavabo del cuarto de baño de nuestra habitación. Me pregunto cómo algo tan insignificante y pequeño puede contener el misterio del destino de las mujeres. Seguí sentada

en el váter, con las bragas bajadas, mirando al infinito. En ese momento, era una actriz de serie B interpretando el manido papel de la chica que se queda embarazada sin querer. Una pamplina. Mi obsesión por no quedarme embarazada se sostenía sobre la firme convicción de que si eso ocurría sería incapaz de abortar. No dejaba de recordar lo jodidamente sensata que había sido toda mi vida, todos los polvos perdidos y los orgasmos interrumpidos... Las escenas daban para el tráiler de una película de Lars von Trier, *Mujer sufriendo*, volumen 10. Mi chico estaba tumbado sobre la cama, con el teléfono en la mano, seguramente chequeando resultados deportivos, relajado y tranquilo. No sé qué pensaba, pero imagino que estaba seguro de que el «milagro» era imposible. Porque él sí quería ser padre. Algún día. Me había tomado la píldora de emergencia pese a sus reticencias, aunque obviamente su resistencia se evaporó ante mi primer «no». Me subí las bragas mientras me incorporaba y miré de reojo la ventana del Predictor. Todavía no habían pasado los tres minutos mínimos de espera, pero las dos líneas rojas ya parpadeaban sobre el fondo blanco como las luces de neón que te atraviesan el cerebro desde el carril contrario mientras conduces por una solitaria carretera secundaria. Dejé de interpretar el papel. Apenas pude abrir la puerta, desencajada, con el test en la mano. Él tardó un momento en creermelo. Después me abrazó. Me besó. Él era el hombre que toda mujer quiere tener a su lado. El que te quiere y te acompaña. El buen hombre. El hombre feliz que no deja de repetir lo feliz que es. Tuve ganas de vomitar, de desmayarme. De tirarme por la ventana.

Doce años después era yo la que estaba dejando los billetes sobre la mesa del despacho médico de la misma clínica a la que había acudido Ruth.

UN MANTO DE INFELICIDAD

Al día siguiente era lunes y me fui a trabajar en un estado de perplejidad que me impedía pensar con claridad. Me preguntaba cómo el mismo acontecimiento puede causar la mayor de las alegrías a muchas mujeres mientras que a mí me hacía sentirme profundamente desdichada. Un manto de infelicidad se posó en mi cuerpo desde que las dos líneas verticales anunciaron la cuenta atrás. Los siguientes días, dije e hice cosas. Recuerdo marearme delante mis compañeros y tener que irme al baño con náuseas. Empecé a obcecarme con el futuro de nuestro matrimonio prematuro y con la injusticia que suponía que yo pagase con el precio de mi libertad por un hijo no deseado. Ni siquiera sabía aún si quería ser madre. Nunca me lo había preguntado en serio. Pero sobre todo, no quería serlo sola. Años de observar a parejas separadas con niños me habían dado una idea clara del peaje que pagamos las mujeres para sacarlos adelante y reconstruir nuestras vidas. También pensé en el despropósito de aparecer preñada en el trabajo dos semanas después de aquel ridículo ascenso que, en el fondo, no significaba nada. Ni siquiera me consolaba mantenerlo en secreto unos meses; sabía muy bien que la conciliación estaba lejos de ser una realidad para la mayoría de las mujeres trabajadoras. Menos, para las que trabajamos con contratos por obra en el maravilloso mundo del audiovisual. En unos meses desaparecería para siempre de aquella vida a la que tanto me había costado pertenecer y volvería a la otra. La vida previsible y gris de la que había escapado en diciembre de 2013, después de publicar aquel artículo a favor del aborto que se hizo viral y me cambió la vida. La coincidencia no podía ser más cruel. La diferencia con las veces anteriores es que ya nunca más podría volver a escaparme de la vida previsible. La maternidad no tiene escapatoria. La única escapatoria es la «no maternidad».

Por la tarde llamé al Centro de Orientación Familiar (COF) para acabar con la angustia lo antes posible. Me dieron cita al día siguiente. Esa noche le dije a mi pareja que no quería seguir adelante. Él lloró, yo lloré. Cada uno por una pérdida diferente.

El martes estaba allí a primera hora, antes de entrar al trabajo. Hacía frío y la consulta del COF estaba en un centro médico ordinario. Él me acompañó, pero no le dejé pasar a mi reunión con la psicóloga. No recuerdo sus rasgos, pero sí que era una chica joven, más o menos de mi edad, que llevaba una bata blanca y me miraba desconcertada. Me hizo una entrevista larga e innecesaria. Podría haber sido una entrevista de trabajo o una encuesta para el examen de oposiciones. «No, no tomo anticonceptivos, aunque la píldora de emergencia tomada en tiempo y forma es un anticonceptivo válido aunque poco recomendable.» «Sí, tengo pareja estable.» «Sí, estoy segura de que es de él.» «Sí, me ha acompañado.» «No, no quiero que entre.» «No, él no quiere que aborte» (¿por qué coño me empeñaba en no mentir?). «Sí, tengo trabajo. Y tengo miedo de perderlo.» «No, no quiero tenerlo.» Para ser psicóloga la empatía la había dejado bastante olvidada. Cada vez que ella se mostraba displicente conmigo, yo fingía una seguridad y una buena dosis de sarcasmo que rayaba la psicopatía. No sé cómo pude disimular aquel terror y tampoco sé por qué aquella primera profesional me trató como una funcionaria en la ventanilla de Hacienda. Le pregunté cómo sería mi aborto. Calculando mi última regla estaba solo de cinco semanas y pico, así que podría hacerlo con pastillas y en mi casa, mi idea inicial. Ella comentó que esa información solo podría proporcionármela la obstetra, que era quien me las tendría que recetar. Le pedí ver a una para confirmar mi embarazo y asesorarme, pero respondió que no era posible. Solo podrían verme con la cita de Interrupción Voluntaria del Embarazo (IVE) directamente en el hospital. No recibiría

ningún asesoramiento sobre las diferentes posibilidades para la IVE hasta que fuese a abortar. ¿Cómo?

La psicóloga del COF creyó conveniente darme una prórroga de tres días, que coincidía en viernes y que, junto al sábado y el domingo, me ponían en la cita con la obstetra con más de seis semanas de embarazo. Según la *Guía técnica del proceso de atención a la interrupción voluntaria del embarazo* del Servicio Galego de Saúde (Sergas), «la cita entre el primer subproceso y el segundo debe ser en el menor tiempo posible desde que la paciente solicita IVE. Tienen que establecerse los mecanismos necesarios para que tanto las interconsultas como las pruebas complementarias se realicen con la mayor brevedad posible (con carácter urgente)». Estaba tan asustada y me sentía tan frágil, que cuando pienso en mí en aquel momento no puedo evitar llorar y compadecerme de mí misma.

Antes de irme, la psicóloga me entregó una encuesta tipo de nueve folios por ambas caras con más de cien cuestiones relativas a la salud mental de la mujer que solicita interrumpir un embarazo. En la primera hoja, la única relacionada directamente con la IVE, se me pedía, en una escala del uno («no podría hacerlo en absoluto») al diez («completamente segura de que podría hacerlo») que señalase mi grado de acuerdo o de desacuerdo con afirmaciones como «mantener buenas relaciones sexuales», «estar con bebés o pensar en bebés», «hablar con amigos sobre el aborto». Como explicaré más adelante, hablar con amigas del aborto me salvó la vida.

Después, se nos ponía a prueba (y hablo en plural, porque el test es el que dan a todas las mujeres que quieren abortar) mostrando las terroríficas consecuencias del aborto, pero en ningún caso de un embarazo no deseado. Afirmaciones como «me preocupa que el aborto me afecte psicológicamente» o «tengo miedo de que este aborto tenga consecuencias malas para mí» alimentaban los terrores que en esos días me despertaban con

pesadillas cada noche. Soñaba mucho con mi perrito muerto y con amores perdidos. Muertos. Y ahora con hijos muertos antes de nacer. Solo tres cuestiones referidas al apoyo de la pareja, la familia y los amigos (apoyo para el aborto; el otro, el del embarazo y la crianza, eran cuestiones menores para los gurús de la fecundidad). A partir de la siguiente página empezaba el capítulo dedicado a la maldad femenina. Se me pedía puntuar mi nivel de acuerdo o desacuerdo en alegatos como «siento que soy una persona digna de aprecio, al menos en igual medida que los demás», «me gustaría ser tan feliz como otros», «pierdo oportunidades por no decidirme pronto» y «me falta confianza en mí misma» que no tenían nada de estrategia inocente. Señalar la opción que mejor reflejase tu opinión entre cuestiones tan genéricas y absurdas como «no importa lo que hagas, siempre habrá alguien a quien no le caerás bien» o «este mundo está manejado por unas pocas personas que se encuentran en el poder y el ciudadano no puede hacer mucho respecto a ello», pretendían hacer ver que todo lo malo que te ocurría (en este caso, un embarazo no deseado) eran desgracias inevitables con las que tenías que convivir. Pedían también que se puntuasen las estrategias frente a situaciones de estrés en una escala del uno al cinco desde «nunca utilizada» a «siempre utilizada» con cuestiones como «permanecí firme y luché por lo que quería», «miré las cosas de otro modo y traté de hacer lo que estuviese a mi alcance», «me enfrenté de lleno al problema», «me pregunté qué era importante y descubrí que las cosas no eran tan malas», «me di cuenta de que yo era la responsable de lo que pasaba y me regañé». Eran un canto al sol del pensamiento positivo, al «si quieres, puedes». Aunque ni quieras ni puedas. Material de autoayuda barata para mujeres vulnerables. El Mr. Wonderful de tu aborto.

Ni una sola cuestión referida a la situación sentimental, familiar o laboral de la gestante de manera concreta. Nada so-

bre tu situación económica. Nada sobre el padre ni tu relación con él. Nada acerca de los planes de futuro. Ni una línea sobre tu estado de salud general. Cero reflexiones acerca de las circunstancias en las que te quedaste embarazada (ni la violencia ni la coacción parecían importantes para el Sergas). Nada de las distintas —y tan legítimas— posturas sobre la maternidad, desde no querer tener hijos a querer tenerlos en otro momento. Nada de la maternidad en soledad, de la custodia compartida o de conciliación. Tampoco había palabras interesándose por el futuro bienestar del hijo o de la hija en un país con un 40 % de niños pobres. Nada normal desde el momento en que las preguntas referidas a tu salud mental y a tu estado emocional te las hace un DIN A4 en baja resolución.

Me llevé todos aquellos folios bajo el brazo y una sensación parecida a la derrota. El objetivo estaba claro: inocular el sentimiento de culpa en las mujeres que pedían ayuda para interrumpir un embarazo. Una culpa que siempre me vuelve cada vez que recuerdo por todo lo que me hicieron pasar. La psicóloga me dijo que le entregase el cuestionario en cuanto pudiese y le dije que lo haría lo más pronto posible. Nunca lo entregué.

Empecé a tener miedo, a considerar la posibilidad de que no podría abortar, de que me maltratarían en la sanidad pública. No quería tener que dar explicaciones, pero no iba a poder saltarme ese paso. ¿Qué pensarían de mí cada vez que tuviese que explicar mi situación? ¿Debería inventarme una vida de calamidades para que se cumpliese la ley gracias a la que el aborto era libre hasta la decimocuarta semana? Marta Sanz cuenta en su libro *Monstruos y centauros: nuevos lenguajes del feminismo* que Caitlin Moran le explicó que no hay abortos buenos ni abortos malos, «hay aborto y las leyes de supuestos constituyen siempre una selección moral aberrante». En el papel, los supuestos estaban prohibidos, pero ¿y si seguían

poniéndome pegas? Recordé los casos de los abortos que se habían hecho públicos en los años precedentes con la gestión de Alberto Núñez Feijóo. La historia de la mujer que perdió el útero después de que la derivasen a una clínica madrileña para practicarle un aborto terapéutico a las treinta y dos semanas de un feto inviable desde la semana veinte, tras haber sido víctima de la objeción de conciencia de varios profesionales que se negaron a practicarle la intervención. El Sergas fue condenado a pagar doscientos setenta mil euros por esta negligencia y el presidente de la Xunta pidió disculpas personalmente. Pensaba en algo así y la posibilidad de no poder ser madre nunca me aterraba. Fue al salir de esa cita, sin ninguna información sobre el proceso del aborto, sin apoyo psicológico real, con un cuestionario que solo servía para cuestionar mi autonomía y seis largos días por delante, cuando empecé a considerar que quizá no fuese buena idea. Así lo quiso Diosa. Me había tocado la lotería. Seguía pensando que mi relación no era lo suficientemente sólida para tener hijos todavía. Seguía pensando que no quería ser madre sola, ni separada, ni infeliz. Seguía pensando que perder mi trabajo para encerrarme a cuidar de un bebé me haría perder, literalmente, la cabeza.

Para acelerar el proceso y acabar con mi estado de apatía, decidí saltarme los plazos de la sanidad pública. No quería ir a mi ginecólogo habitual. No quería dejar ningún rastro de lo que iba a hacer en ningún sitio. Fue difícil encontrar una cita en la misma semana. Mi amiga Carol llamó a varias consultas por mí, porque yo no podía usar el teléfono en el trabajo. Finalmente, conseguí una cita con una ginecóloga de renombre.

Parecía una mujer amable. Tendría unos cincuenta años bien llevados y desprendía dulzura. Lo primero que le dije en cuanto entré por la puerta es que estaba embarazada pero no quería tenerlo, y que acudía a su consulta porque en la sanidad pública me estaban poniendo trabas y no lo soportaba más.

Ella sonrió como se le sonríe a un niño de cuatro años cuando te dice que conoce a los monstruos que habitan en su armario. Otra que parecía no escucharme. Aquella ginecóloga fue la que me hizo la primera ecografía. Escuché las palabras que no quería escuchar y que, sin embargo, nunca podré olvidar: viable y latidos.

Me vestí y me senté frente a su mesa. Aquel día estaba mal. Había estado llorando y sentía que mi vida se desmoronaba. En el trabajo, no daba pie con bola; la semana de preocupación me había pasado factura y temía que me echasen. Apenas tenía fuerzas y no sabía qué hacer con mi vida. Quería que aquella doctora fuese comprensiva, que me dijese la realidad, pero que no me juzgase. Cuando le pedí las pastillas abortivas me dijo que no podía recetármelas. «Aunque quisiese, no podría recetártelas, eso solo puede hacerlo la Seguridad Social. Necesitas autorización.» Entonces lo entendí. Acababa de hablar en condicional. Me había dicho «aunque quisiese». Empezó. Ella también. Otra vez el dedo acusador señalándome el pecado. Otra vez que si la pareja estable, que si el trabajo, que si mi edad. «Pues yo vine a trabajar embarazada y nunca me cogí la baja. Si te esfuerzas lo suficiente, se puede tener todo», me dijo desde el altar que le impedía ver el miedo en mis ojos.

Empecé a avergonzarme de ser esa feminista incapaz de enfrentarse al sistema. Me hice pequeña mientras ella me lanzaba al pozo de la indignidad. Su principal herramienta era la ecografía que me ponía delante mientras yo esquivaba la manipulación sosteniéndole la mirada.

—¿La quieres?

—No —le contesté. E hice un gesto con la mano para que la bajase.

—Estás en una edad perfecta para tenerlos, piénsatelo.

—Está bien, me lo pensaré.

—Llévate la ecografía, enséñasela a tu pareja.

—No quiero enseñársela, es mi decisión.

Ella pareció enfadarse.

—Entonces, dime, ¿eres de las que quiere ser madre a los cuarenta?

—No. No lo sé, no sé qué quiero hacer con mi vida. No sé nada. No estoy preparada.

—Es una pena, mi obligación es intentar que entres en razón. No sé qué os pasa a las mujeres de ahora, pero solo tienen hijos las chinas.

Solo tienen hijos las chinas, así quise titular este libro, y si no fuese una frase racista y supremacista lo habría hecho. Porque en medio del desconcierto y la rabia, aquella sentencia tan demencial hizo que se me escapase una sonrisa que por poco acaba en carcajada. Me ardía la cara. Me levanté esquivando la mirada otra vez. La ecografía seguía encima de la mesa.

No lloré delante de la ginecóloga, pero lo hice en cuanto crucé la puerta de la calle. Fui llorando hasta la farmacia, donde compré algo que me había recetado para las náuseas. Seguí llorando varios metros más, atravesando la Praza de Galicia, cruzando por la Rúa da Senra, hasta una cafetería frente a la comisaría de la Policía Nacional.

Él estaba con un amigo en el coche, se iban a Madrid un par de días. Primero entramos los dos solos en la cafetería. Yo seguía llorando, y le conté por encima lo de la ginecóloga. No parecía demasiado preocupado y aquello me dolió. No sé si pensaba que me venían bien estos discursos para evitar que lo hiciese, o si simplemente ya no le importaba lo que hiciese. Luego supe que estaba intentando mantener el tipo, haciendo equilibrios entre sus deseos y el respeto a mi decisión. A los pocos minutos entró su amigo. Nos despedimos. Se fueron. Esa noche dormí sola. Me sentí muy sola.

Después de hacerme el test, apenas tardé unas horas en contárselo a ella. Carol es mi salvadora. El refugio al que siempre acudo cuando todo se tuerce. Todas deberíamos tener una amiga como Carol. Es la amiga sensata. La que siempre echa el freno de mano y se para a analizar. La que dice «respira, tía, no pasa nada». Lo intenta mucho conmigo y con poco éxito. A pesar de mis cagadas, Carol no hace reproches, no juzga, no critica, no te echa más mierda encima. Carol escucha, interpreta y te señala las opciones. Con Carol nunca hay una mala opción, ella se mueve en la escala de grises con una sonrisa que abraza. Siempre tiene tiempo para mí. Sobre todo, si estoy mal. Estoy mal muchas veces, pero esta, estaba especialmente mal.

Con ella pasé horas dándole vueltas a la cabeza mientras barajaba todas las opciones. Si en el día cambiaba veinte veces de idea, Carol no me cuestionaba. Creo que pensaba que era mejor que no lo hiciese porque podría arrepentirme, como en tantas otras ocasiones. Pero cuando le decía: «¿Y si me arrepiento?», ella me contestaba con un tranquilizador: «Tendrás tiempo para tenerlo cuando estés segura, todavía eres muy joven». Vino a casa. Fui a su casa. Paseamos por el campus universitario de Santiago, donde había estudiado y que ahora me parecía un lugar completamente ajeno. Un decorado. Tomamos refrescos sin gas y chocolate caliente. Dejé de beber alcohol en el momento en que me enteré de que estaba embarazada, aunque deseaba la despreocupación de una borrachera. Fumé un solo cigarro justo después de hacerme el test. No quería tenerlo, pero era incapaz de hacerle daño mientras estuviese conmigo. Seguía jugando a la chica responsable que daba sermones con dieciocho años, aunque ya no fuese tan chica, ni tan responsable.

Carla fue la siguiente amiga a la que se lo conté muy pronto. Necesitaba hablar con alguien que lo hubiese hecho. Ella lo hizo tres veces. Mi amiga máster en abortos era una tipa feliz que no odiaba a los niños pese a lo que decían las encuestas del

Sergas. Fue al salir del trabajo cuando la llamé por teléfono para decirle que le tenía que contar algo muy importante.

—Cuánto me alegro, vais a ser unos padrazos —me soltó.

—Ya, bueno..., es que estoy pensando en abortar. Lo que quiero es que me hables del proceso.

Carla me engañó con su cachondeo habitual. Ella estaba pasando por un mal momento (un proceso de ruptura que se alargaba y multiplicaba hasta el infinito) e hizo del drama una fiesta. Me habló de los gemelos a los que supuestamente había abortado. Se llamaban Antonio y Carlos, aunque a veces les cambiaba los nombres. Me hizo reír. Las dos reímos. Carla y yo somos parecidas, de las que decimos ese tipo de estupideces cuando estamos hundidas en la mierda. A mí la mierda empezaba a ahogarme. Tres semanas antes nos habíamos emborrachado en su nueva y terrorífica casa de soltera mientras fumábamos pitillos y comíamos humus del Mercadona sin control. Cómo cambia la vida en tan poco tiempo. Me recomendó que no lo hiciese en mi casa con pastillas, sabe lo aprensiva que soy.

—Duele un poco más que una regla, pero lo vas a pasar mal. La mejor opción es una intervención y que te seden —puntuualizó.

No me habían sedado ni anestesiado en mi vida; otro de mis grandes miedos era no despertarme de una de esas.

—¿Lo notas? ¿Notas cómo te duermen? ¿Te duele al despertarte? —pregunté, nerviosa.

—Es un buen viaje, amiga, y cuando te despiertes todo habrá pasado.

También se lo conté a Olalla. Olalla es de estas personas que se nota que son buenas solo mirándolas a la cara. Olalla es dulce, responsable, cabal y... más joven que yo. Para ella, la maternidad no es un plan a medio plazo, pero cree que el aborto es un drama. Me dice que no sabe si ella sería capaz de hacerlo —aunque tiene claro que ahora no quiere tener hijos—. Me voy

a comer con ella un viernes a la salida del trabajo. Hace diez días las dos éramos mujeres libres, con sueños, con grandes ambiciones laborales, con ganas de trabajar en otros sitios, con proyectos en común, con viajes pendientes. Ahora estoy sentada frente a mi Aquarius pensando que en unos pocos meses yo podría estar arrastrando un carrito mientras le cuento las noches que llevo sin dormir. Ella preferiría quedar con amigas sin niños. Los aborrece muchísimo. Ya no habría proyectos en común ni viajes pendientes. Dejaría de llamarme porque estaría en el bando opuesto. Yo dejaría de llamarla porque sería incapaz de ponerse en mi lugar. Nuestra amistad se desvanecería como tantas otras que no aguantaron la glotonería de la maternidad. Le digo que no quiero dejar mi trabajo. Llevo unos meses trabajando ahí y no quiero ser la que se embaraza nada más llegar. Llego a pensar que, si lo tengo, yo misma me iré para no causarles inconvenientes. Las exigencias de la maternidad no son compatibles con un trabajo a jornada completa. Lo que le digo le parece surrealista (lo es).

—Pero ¿cómo vas a irte? ¡Faltaría más!

Mi discurso atropellado carece de fundamentos sólidos. No hay fundamentos sólidos. Le hablo de mi relación y del vértigo que me genera tanta precipitación y tanta velocidad en tan poco tiempo. Eso sí lo entiende. Olalla es comprensiva, como las dos «Ces» (Carol y Carla). Olalla no soporta a los niños, pero sería incapaz de abortar.

La semana siguiente a mi visita al Centro de Orientación Familiar, por fin tengo cita con la obstetra del hospital. Es una mujer joven, puede que más joven que yo. La acompaña una enfermera que me pincha en un dedo para comprobar mi grupo sanguíneo, un requisito imprescindible para realizar un aborto. La ginecóloga me repite las mismas preguntas de siempre. Le digo que no, que no tomo anticonceptivos orales de forma habitual, pero me tomé la píldora de emergencia

pocas horas después de la relación. Deja de escucharme antes de la conjunción «pero». Adivino en su mirada todo lo que piensa de mí. Mujer de treinta años abortando por no tomar anticonceptivos. Me siento muy avergonzada. Soy la homicida sentada ante ese tribunal popular.

Asesina.

Me mandan desvestirme de cintura para abajo y me tumbo en la camilla. Gira la pantalla de la ecografía hacia mí. Me hace daño al realizarme la ecografía vaginal. Repite la palabra maldita, «latidos». Me subo la ropa y me vuelvo a sentar en la mesa. Repasa mi historial. Tengo que tomar un tratamiento en óvulos durante varios días. Después, tengo que volver para comprobar que el problema esté erradicado. Otra citología y vuelta a esperar. Podríamos llegar a las diez semanas fácilmente. Este cuerpo en el que estoy metida me aprieta cada vez más, me falta el aire y me cuesta respirar. Le pregunto por el procedimiento del aborto dando por hecho que será una intervención quirúrgica. Me frena en seco: me recetará las pastillas abortivas para que lo haga en casa (un proceso desaconsejable según el propio Sergas a partir de las ocho semanas que ella me obligará a rebasar) y me advierte de los terribles efectos secundarios: contracciones, cólicos y una hemorragia que seguramente me llevará a urgencias. Ni hablar de ir al trabajo durante tres días. Justo eso es lo que no me puedo permitir, lo que yo creo que no tengo derecho a permitirme.

Salgo de allí confundida, con la receta de los antibióticos en la mano. Mi chico espera en la sala, mirando con descaro las barrigas de las embarazadas. Estoy aterrada. Le cuento lo de los antibióticos y le insufló esperanza; él cree que cuanto más tiempo esté embarazada menos posibilidades habrá de que lo haga. Yo me encuentro fatal. No quiero ir a casa de mis padres ese fin de semana, no quiero hacer nada ni ver a nadie. Ni siquiera a él.

Ese mismo día llamo a una clínica privada. Les cuento lo del antibiótico y me dicen que, una vez terminado el tratamiento, no hay ningún problema. Me hablan de modalidades y precios. El *black friday* del aborto quirúrgico son cuatrocientos euros sin sedación. Seiscientos con sedación, pero con solo ocho semanas me la puedo ahorrar. Les pregunto si duele mucho. «Es como quitarse una muela, no es agradable, pero con la anestesia local ni te enteras.»

Concertamos la cita para el viernes, el día siguiente a acabar los antibióticos y con el fin de semana de por medio para descansar. Estos últimos días me he mirado mucho en el espejo, mi delgadez habitual no es capaz de esconder lo que me está pasando. Tengo una relación rara con mi cuerpo, pero ahora me veo sexi.

Es miércoles. Es el cumpleaños de mi marido. Los guionistas de esta película se han esforzado mucho en aumentar el drama. Nuevo golpe de efecto a mitad del segundo acto. Al salir del trabajo voy caminando hacia un centro comercial, son unos cuarenta minutos de paseo. Lo he hecho muchas veces porque caminar me relaja, pero esta vez me siento mareada, como si fuese a perder el conocimiento en cualquier momento. Cómo me gustaría perderlo y despertarme libre. Mi madre me llama de camino; llevo días evitándola y en mi paranoia ella también lo sabe. Me habla de mis sobrinos, de juegos infantiles, de amor de abuelos. En varios momentos estoy a punto de decírselo. Sé que si lo hago intentará evitarlo y no quiero que lo evite. Sé que se sentirá eternamente culpable si no consigue evitarlo y yo me arrepiento, o si no soy capaz de tener hijos en el futuro. Ese es mi gran miedo: romper la baraja de la fertilidad para siempre. Mi madre habla y habla, y yo intento escuchar. Le cuento que le voy a regalar a mi pareja unas gafas de sol porque hace unos meses perdió las que tenía. A mi madre le da igual lo que le regale a

él, solo le importa hablar de sus nietos. Me nota apática y me reprocha ese desinterés en los niños. Después de varios amagos de derrumbe, cuelgo satisfecha por haberme contenido. Este es un problema de la vida adulta que me toca resolver como mujer adulta. Mi madre ya tiene los suyos. Meses más tarde me arrepentiré de no habérselo contado (aunque supongo que me habría arrepentido de todas formas).

Por la noche él sopla un par de velas que le pongo sobre un pequeño pastelito. Reflexiono sobre los años que cumple: una edad más que razonable para ser padre por primera vez. Y yo estoy a punto de aniquilar ese sueño. Yo soy la responsable de quitarle la posibilidad de ser padre. Yo soy la culpable. Pero aún puedo evitarlo. Es el cumpleaños más amargo que ninguno de los dos podríamos tener. Nos echamos a llorar, y él me abraza y me besa. Me pide, sin pedírmelo, que me lo piense un poco más. No le digo que no. Mañana todavía puedo cambiar de opinión.

La noche del jueves al viernes me pongo el último óvulo e intento dormir. Pero no duermo. Durante toda la noche barrunto la idea con la esperanza de tomar la decisión acertada. Sé que aún estoy a tiempo para cancelarlo. Con no presentarme es suficiente. Me abraza por la barriga y me refugio en el calor de esos brazos deseosos de preñez. Pero llega el viernes por la mañana y la balanza se ha inclinado hacia una premisa: he de tomar la decisión de la que menos me pueda arrepentir en el futuro. De repente, lo veo claro. Traer a una persona al mundo sin desearlo y sin estar completamente segura de que va a poder gozar de la estabilidad emocional y del amor de su madre es un acto egoísta e insensato. No quiero pasar por un embarazo no deseado, no quiero pensar que lo hice porque tocaba aun sin tocar y, sobre todo, no quiero pasear con ese carrito a partir de septiembre. Si hubiese querido dejar mi posible maternidad a los designios del azar simplemente no me hubiese

tomado una píldora de emergencia porque mis deseos maternos estaban a cero en aquel momento. Pensar en mí con un hijo en los siguientes meses me genera angustia. A partir de ese día, mi pesadilla habrá acabado, podré decidir si esa relación construida desde la urgencia y la necesidad es lo bastante resistente como para soportar la llegada de un hijo, y no el espejismo de otras que se rompieron por falta de un proyecto común. Podré centrarme en mi trabajo sin ningún tipo de presión. Y podré decidir cuándo quiero ser madre. Libre y segura de no estar cometiendo el mayor error de mi vida. Los nervios me hacen ir al baño de manera espontánea por primera vez en dos semanas.

Nos subimos al coche.

Fundido a negro.

No recuerdo qué ropa llevaba puesta, solo sé que me había calzado las botas de agua grises y que no llovía. Él me ayudó a ponérmelas cuando todavía estaba en la camilla color verde paralizada de dolor y de miedo, y la anestesia local me había bloqueado una de las piernas. Él contenía las lágrimas apoyando su cabeza contra mi vientre mientras me ayudaba a vestirme. Nunca le había querido tanto como aquel día. El aborto es una decisión personal que tenemos que tomar las mujeres, pero qué difícil es cuando entran en conflicto los deseos de la otra persona. Sin su apoyo lo habría hecho igual, y nos habríamos perdido para siempre como pareja, como amantes y como amigos. El sitio me recordaba a una clínica veterinaria. Y el médico parecía un veterinario o un pediatra, me trataba como a una niña a la que había que despistar y no como a una mujer libre que decide sobre su cuerpo. No hubo explicaciones previas ni advertencias sobre el dolor de la intervención. Y dolía, vaya si dolía. De haberlo sabido, me duermen entera. De repente, volví a la película: metida en un lío ajeno a mí, protagonizando un papel para el que no había ensayado.

Me acordé de Oriana Fallaci y de su *Carta a un niño que nunca nació*. En los días previos, los de las infinitas dudas, había leído la introducción en el trabajo.

Ahora me hallo aquí, encerrada bajo llave en un miedo que me empapa el rostro, los cabellos y los pensamientos. Y en este miedo me pierdo. Trata de comprender: no es miedo a los demás, que no me preocupan. No es miedo a Dios, en quien no creo, ni al dolor, que no temo. Es miedo de ti, del azar que te ha arrancado de la nada para adherirte a mi vientre. Nunca he estado preparada para recibirte, aunque te he deseado mucho. Siempre me he planteado esta atroz pregunta: ¿y si no te gustara nacer?

«¿Y si te gustara?», pensaba yo ahora sumida en un caos emocional mientras intentaba recordar cómo había llegado hasta allí. Cómo una mujer feliz, sensata y responsable se había convertido en otra persona digna de lástima.

El lunes siguiente a mi IVE me fui a trabajar como un día cualquiera, con la sangre cayéndome a borbotones y como si nada hubiese ocurrido. Me sentía desgraciada por haber tenido que pasar por todo aquello y, a la vez, estaba profundamente aliviada por haberlo conseguido. La temporada siguiente no me renovaron el contrato en la empresa en la que estaba. Nunca supieron que había abortado.